

tanto ocurre con *Elizabeth Costello* (2003), que desarrolla el formato del *Informe a la Academia*, de Kafka. En esta novela (hecha de conferencias dictadas por una novelista australiana de ese nombre), Coetzee no se inventa un *alter ego* o una «persona narrativa», sino que le atribuye a una escritora (como él mismo, de los márgenes) sus propias conferencias en defensa de los animales y en contra de la censura. Por lo pronto, los viajes de Costello le sirven a Coetzee para burlarse, con distancia cómica, de los escritores que derivan entre conferencias y conferencias de prensa. Y, a la vez, para hacerse a sí mismo las preguntas que los periodistas y la crítica no le hacen. Esta novela es también una sátira literaria (del hecho de escribir novelas, en primer lugar) y una seria puesta en duda del trato de la violencia en las novelas de éxito. Convertir la violencia en mercancía y manipulación, parece decirnos, es propagar el mal. No en vano Coetzee ha demostrado que la novela es el lugar donde los discursos (sobre todo la dominante ideología liberal, las actuales políticas del olvido) sucumben, debido a su incapacidad para sostener una vida honesta, hecha en la agonía de la verdad. En su *Causando ofensa* Coetzee propone una de sus paradojas irónicas: «Si las representaciones, meras sombras, son en verdad peligrosas, piensa uno, entonces la contramedida apropiada serían otras representaciones o contra-representaciones. Si la burla corroe el respeto por el Estado, si la blasfemia insulta a Dios, si la pornografía degrada a las pasiones, bastaría con que voces más fuertes y convincentes se levanten defendiendo la autoridad del Estado, alabando a Dios, exaltando el amor casto. Esta respuesta estaría totalmente de acuerdo con la teleología del liberalismo, que cree en abrir el mercado a las fuerzas en contienda porque a la larga el mercado tiende al bien, es decir, al progreso, que el liberalismo concibe bajo una luz histórica y metafísica».

Estamos en un teatro, como decía Erasmo en su *Elogio de la locura*, pero el actor que cree que por ser el teatro ilusorio puede dejar su parte, está equivocado. Fuera del teatro no hay nada, nos recuerda Coetzee. Sólo nos queda actuar nuestra parte aunque, esta vez, con una nueva lucidez, con una «sabiduría cómica».



El árbol Jesé. Salterio francés de Ingeborg. hacia 1210